

## EL ZAPATITO DE ORO.

RELATO INFANTIL.

I

EL JUGLARCILLO.

**F**INALMENTE, que no os acompaño. —Pues hasta luego Gus; nosotros nos retiramos ya al Meson del Gallo; va entrando la noche, y ya estará nuestro Maese Guillermo aguzando sus uñas de ave de rapaña para apoderarse de nuestras miserables ganancias.

—Id con Dios. Yo no me atrevo á presentarme á Maese Guillermo con las manos vacías.

—¿Y qué vas á recoger siendo ya tan tarde?

—¡Dios dirá!

Este diálogo lo sostenía un grupo abigarrado y pintoresco de muchachos y jóvenes tífriteros de plaza, farsantes de corral, artistas callejeros y cantores trashumantes de Iliadas populares.

La escena tenía lugar en una enrucijada de calles torcidas y estrechas, allá en una de las poblaciones de Flandes que más acababan de sufrir en los repetidos alzamientos contra la dominación española; y sobre todo por los atropellos y vejaciones de las tropas de herejes, con que unas veces Alemania y otras Inglaterra y Francia habían pretendido auxiliar á los flamencos.

Muy soliviantados se hallaban todavía los ánimos; como suele decirse, no estaban para músicas, así que nuestros interlocutores habían sacado aquel día en general poca ganancia de sus respectivas habilidades; y por eso se retiraban algún tanto mohinos á dormir en un mal pajar de un meson de las afueras, después de pagarle al jefe de todos, Maese Guillermo, la odiosa contribución que imponía á cada uno de ellos del fruto de sus más ó menos artísticos sudores.

Pero quien más mohino y triste y desesperado quedaba allí solo, viendo alejarse á sus compañeros de vida errante, era el juglarcillo Gustavo, á quien todos llamaban Gus, ó aludiendo á su aristocrática procedencia, *el doncel*.

El jefe de la banda le robó á su familia hacía unos diez años, cuando apenas contaría cinco, y llevándole con su gente por unos y otros países, á fuerza de malos tratamientos y de crueles hambres le enseñó á tocar el laud y cantar con su voz de ángel *cantares de gesta* cuando se topaba con gente de guerra, trovas de amores cuando divisaba á alguna dama tras alguna celosía, y hasta cántigas piadosas cuando pedían limosna en alguna abadía ó retirado monasterio.

Y en verdad que hasta la apostura y ademanes de Gus y la manera de vestir su pintoresco traje, descubría á tiro de ballesta que le habían llevado á bautizar en ricos pañales, y de ningún modo pertenecía á la baja ralea de sus compañeros de fatigas.

Un paje de su edad y estatura, compadecido de él, le había dado, en cierta ocasión, un juboncillo que había sido de seda carmesí y un ferreruero que había sido verde-mar y era verde-botella: Gus por su cuenta había formado de retazos de terciopelo negro, ya muy chafados, una muy graciosa gorra que sujetaba su rubia y abundante cabellera, y la había adornado con una blanca pluma de cisne que se encontró á la orilla de un estanque; unos gregüescos de variedad de remiendos y unas calzas pardas, por cuyas extremidades empezaban á quedar al descubierto algunos dedos de los pies, completaban el singular traje de nuestro trovador, que llevaba el laud terciado á la espalda y pendiente de una especie de bandolera.

Pocas fisonomías más agraciadas y pocos ojos más inteligentes y dulces que los ojos azules de nuestro *doncel*.

Y en verdad que el pobre niño por los dotes de su alma era digno de mejor suerte. Le repugnaban tanto las soeces ó inmundas costumbres de sus compañeros, que en el punto y hora en que hemos trabado conocimiento

con él estaba resuelto á huir para siempre de ellos confiado en la providencia de Dios y en el amparo de María Santísima.

Con este intento, cuando les perdió de vista, se internó por un laberinto de calles y callejuelas y se dirigió á la iglesia de Nuestra Señora para implorar su protección; entrando en el grandioso templo por una de las puertas laterales sin ser notado y teniendo la precaución de ocultar bajo su ferreruero su laud.

¿Qué le dijo á la Virgen el pobre niño en aquella solitaria iglesia? ¿cuánto tiempo estuvo absorto en sus oraciones aprendidas en mejores días en el regazo de la madre de cuyos brazos había sido arrebatado? ¿quién lo podrá saber si el mismo Gus no lo sabía?

Cuando volvió en sí y saliendo del rincón de la nave en que estaba, se encontró en medio de la oscuridad enteramente solo, tuvo miedo y trató de buscar la salida; recorrió todas las puertas..... en vano; todas estaban cerradas.

La Virgen le había hecho su prisionero.

II

NOCHE DE EMOCIONES.

Nuestro Gus se halló por largo espacio de tiempo perplejo: pensó gritar, pero no se atrevió en medio de aquel imponente silencio. Pensó esconderse con su inseparable compañero, el laud, en cualquier rincón de cualquier capilla, pero el miedo de que se hallaba poseído no le permitía dar un paso, y la oscuridad no lo dejaba hacerse bien cargo de los objetos que le rodeaban.

Poco á poco sus ojos fueron acostumbrándose á las tinieblas, que sólo disipaban acá y allá algunas mortecinas lámparas de las capillas laterales y las dos hermosísimas que alumbraban en el retablo del altar mayor la imagen de María con el divino Niño en los brazos.

No hay que darle vueltas—dijo hablando consigo Gus—aquí tengo que pasar la noche; hay que dormir, pues, un poco: después, al rayar el alba, en cuanto abran la primera puerta, me deslizo sin ser visto y á todo correr me alejo de esa banda de desalmados que han sido tantos años mis compañeros, y me voy por esos mundos de Dios en busca de mi tierra, de mi país, que no sé á punto fijo cuál es, y en busca de mis padres, de mi madre querida, que no sé dónde estará....

Con estos proyectos y resoluciones, el pobre juglarcillo se encaminó á uno de los confesonarios que divisó más cerca, y acomodando con tiento en uno de sus ángulos el laud para que no se rompiera, se acurrucó en la tarima como pudo, y después de santiguarse y cerrar los ojos y cubrirse hasta las cejas embozándose en su ferreruero, trató de conciliar el sueño.

Todo en vano: el sueño huía de sus párpados y los terrores y espantos de su singular situación fueron cada vez más en aumento.

Ya oía lejos en el fondo de las naves como pasos sigilosos que se acercaban á él; quizás le habían descubierto y venían á prenderle como á ladronzuelo [profanador de iglesia]. Ya se agitaba su corazón con extraño sobresalto con el chirrido especial de las lechuzas de quienes había oído contar tan temerosas consejas; ya se incorporaba estremecido y bañado de frío sudor la frente, porque estaba cierto de que algo había pasado y vuelto á pasar, rozándole con sus alas; y en efecto no se engañaba; pues allí abundan los murciélagos. ¡Imposible dormir ni reposar!

Gus se puso de pie resuelto á rechazar sus pueriles terrores. Y se le ocurrió lo que ocurre á los que en la oscuridad tienen miedo: cantar. Y juntamente se le ocurrió que á nadie mejor podría ofrecer sus trovas que á la Virgen, poderosa para librarle de todo mal en aquella angustiosa noche que parecía eterna.

Y dicho y hecho: coge su laud, lo temple, y encaminándose ante el altar de María, empieza á respuntear en sus cuerdas un delicado arpeggio de introducción á una piadosa cántiga. Trémula estaba su mano y más trémulo su corazón! alzó los ojos á la sagrada imagen y le pareció que la Virgen le sonreía como invitándole á que cantara.

Hasta entonces no se había fijado Gus en lo hermosa que era su Madre y en lo precioso

que era el Niño que sostenía en su brazo izquierdo. Rica corona ceñía la Virgen en sus sienes, y riquísima de oro y pedrería ceñía la frente de Jesús, cuyo cuerpo cubría un traje-cito del más exquisito brocado, festoneado de encajes de gran precio y adornado de sartas de perlas. Y la candorosa piedad de los fieles había pensado hasta en calzar los piecitos del Niño con dos zapatitos de suela de oro y bigoterías de seda y piedras preciosas.

A nuestro trovador le parecía que era verdad, que la Madre y el Hijo le sonreían y le invitaban hasta con sus ojos á que diese comienzo á su cantar. Entonces, acompañándose de su laud y empezando con voz sumamente tenue y temblorosa por la emoción, mezcla de temor, de respeto y de cariño, elevó hasta las bóvedas del templo, en medio de aquel augusto silencio, la sentida melodía en que estaban engarzadas estas estrofas:

En los zarzales—de los linderos  
Anidan los pardales—y los jilgueros:  
Santa María,  
Señora mía,  
Madre de amor:

¡Yo he de buscarme un nido mucho mejor!

Como en los llanos—y en los pensiles  
Le temo á los milanos—y á los reptiles.

Hacia tu seno  
De amores lleno,  
Mi amor se va:

¡El nido que yo busco muy alto está!

Ave sin nido—que llora y canta  
Hasta tí su gemido—mi amor levanta:  
¡Gracias, Señora!  
Conozco ahora  
Tu compasión:

¡Tú por nido me ofreces tu corazón!

Mientras cantaba conmovidísimo Gus; sus ojos no se apartaban un punto de los ojos de la Virgen.

Un religioso espanto le obliga de pronto á enmudecer, porque observa que la Virgen no sólo le mira y le sonríe, como si estuviera viva, sino que se mueve dentro de su alta hornacina! ¡Se mueve, sí, no puede dudarlo!

Y así como las grandes señoras desde sus ventanas, después de oírle cantar alguna trova, arrojaban al juglar alguna moneda, así en esta ocasión nuestra Señora la Virgen María tomó con la mano derecha el zapatito del pie izquierdo de su Niño, y se lo arrojó á su trovador como riquísima limosna.

Si Gus pudo no creer hasta entonces á sus ojos, tuvo que creer á sus oídos y á sus manos, pues el zapatito cayó sobre el ara del altar produciendo un sonido metálico, y Gus pudo recogerlo, no sin vivísima conmoción de todo su ser ante tal prodigio, y pudo besar y regar con lágrimas de agradecimiento y amor aquel zapatito del Niño.

III

AGONÍAS DE MUERTE.

Las oleadas del populacho iban creciendo ó inundando las calles y las plazas de la población flamenca. Los gritos, las frases entrecortadas, el clamoreo que entordecía el aire, eran indicios del furor que se desencadenaba en los corazones, heridos en las más delicadas fibras, las fibras de la fé. Nada hay más irresistible que un pueblo furioso á quien se provoca insultando su religión; y aquellos flamencos, aun los peores, amaban á su Virgen más que á las niñas de sus ojos.

A duras penas podían contener los ministros de la justicia y algunos soldados llamados en su auxilio, las arremetidas de la arremolinada muchedumbre que juraba y perjuraba les había de arrebatarse el preso de las manos.

—¡Matarlo! ¡matarlo!—vociferaban unos.

—¡A la hoguera! ¡a la hoguera!—gritaban otros, ese debe ser algún aborto del infierno, algún engendro de herejes, de esos que se burlan de la Virgen.

—Algun demonio debe de ser—gritaba una vieja que tenía cara de lo mismo.

—Pues mire usted, comadre—replicaba otra,—lo que es él, cara de ángel ya tiene; pero estos hipócritas farsantes todo lo fingen.

—Y qué pronto ha empezado la carrera de ladrón de iglesias.